

PRIMERA PARTE

EL MARCO TEORICO

1.1. Introducción

El análisis de la problemática de investigación nos enfrenta con el vacío teórico en la materia, tanto en el ámbito de la sociología sindical o de las relaciones industriales, como en el del que se podría denominar de modo genérico la izquierda leninista ortodoxa clásica y contemporánea.

En la esfera de la primera esa deficiencia es tan pronunciada que el simple planteamiento de la problemática implica poner en tela de juicio las definiciones más usuales, que restringen las metas sindicales a la reivindicación exclusivamente económica (aunque ésta se defina en términos amplios). En efecto, tales definiciones -y aun aquellas que pretenden tan sólo describir o estar basadas en la experiencia del sindicalismo de los países capitalistas avanzados- incorporan de manera implícita o explícita una teoría y una 'visión del mundo' que justifican cuáles deberían ser, universalmente, los objetivos legítimos y las características de la acción sindical.

A título de ilustración veamos dos de esas definiciones comenzando por la de los Webb, pioneros en la investigación de la evolución de las relaciones industriales:

A Trade Union, as we understand the term, is a continuous association of wage earners for the purpose of maintaining or improving the conditions of their working lives (1950:1).

Si bien para alcanzar esas metas los sindicatos habían recurrido históricamente a tres tipos de métodos, el seguro mutual, la legislación laboral y la negociación colectiva, para los Webb esta última constituye, de modo fundamental, la 'raison d'être' de esas organizaciones. Ellos mismos acuñaron el término para señalar la diferencia con la negociación individual -a la que estarían condenados los trabajadores a fal

ta de organización colectiva- y haciendo referencia al carácter exclusivamente económico que atribuían a la 'esencia' de la función sindical. En otros términos, la concepción de los Webb estima que el objetivo natural del sindicato es la obtención de ventajas tangibles para sus representados, a través de la negociación colectiva¹; la habilidad del sindicato para 'asegurar los víveres' constituye la medida de la efectividad de su gestión.

La teoría de los Webb, incuestionada durante varias décadas, resulta sin embargo inadecuada desde la perspectiva de Flanders, uno de los principales teóricos contemporáneos en el área de las relaciones industriales. Para Flanders como para los Webb, la negociación colectiva sigue siendo la función principal del sindicato. A diferencia de éstos, sin embargo, no la reduce a una práctica exclusivamente económica, sino que la considera, fundamentalmente, una práctica 'política' en la que los sindicatos y empleadores intervienen al regular en forma conjunta las características de la relación laboral. El sindicato no es entonces un mero agente vendedor de la fuerza de trabajo de sus afiliados -como para los Webb- sino principalmente un agente regulador, creador de normas a través de su actuación conjunta con la patronal (1968^b:216). Son precisamente sus logros en este ámbito, aquéllos que afectan la esfera tradicional de la autoridad gerencial, los indicadores del éxito de su misión.

As in other industrial countries, trade unions in Great Britain came into being, established themselves on firm foundations and extended their power and social influence mainly as agencies for collective bargaining. This is to say they succeeded as a form of organization which enabled employees (...) to regulate and thus improve their wages and working conditions. All the activities which the trade unions have undertaken and all the other purposes they have acquired must be regarded as a by-product and auxiliary to this their major activity and purpose, since success in it has been the condition of their survival and the basis of their growth. Any theory of trade unionism which disregards this

fundamental fact is bound to go astray...
(1957:76) (Subrayado agregado)

Collective bargaining may be what the words imply -that depends on how we define bargaining- but it is also a rule-making process (...). The rules in collective agreements secure for employees the rights to a certain rate of wages; the right not to have to work longer than a certain number of hours; the right not to be dismissed without consultation or compensation and so on. This surely is the most enduring social achievement of trade unionism; its creation of a social order in industry embodied in a code of industrial rights. This too is the constant service that unions offer their members: daily protection of their industrial rights (1968^a: 41,42).

Resulta entonces lógico que Flanders (1961) desaliente las incursiones políticas de los sindicatos que superen el límite mínimo necesario para establecer y mantener las condiciones legales y económicas que les permitan cumplir esa función reguladora. En sus relaciones con el Partido Laborista los sindicatos británicos deben respetar la distinción tradicional entre 'lo industrial' y 'lo político' y abstenerse de tratar de dominar al partido y de confrontar la estrategia de sus dirigentes en todo aquello que se refiera a los 'grandes tópicos políticos' (p. 35).

El enfoque de Flanders, si bien supone un avance sobre la definición 'clásica' de la función sindical, resulta todavía limitativo. En efecto,

...if the sole important function of unionism is to join with employers in negotiating and administering rules governing wages and working conditions, then the business of union decision-making is indeed largely technical. If unions have to accept the capitalist arrangements of industry -the structure of ownership, of economic priorities and of managerial authority- then they can be expected to provide no more than a limited range of improvements in the workers' situation. The reasonable member, in turn, will view his union as no more than a fairly narrow service

agency; so long as it delivers the goods he
has no cause to worry about its internal
government (Hyman 1975:85).

Cabe preguntar, sin embargo, si la restricción histórica de los objetivos sindicales constituye un proceso inexorable. A fin de confrontar este interrogante resultará útil considerar, a grandes rasgos, algunas de las características de la evolución del sindicato en los países capitalistas avanzados y su interpretación por parte de distintas corrientes teóricas², intentando simultáneamente establecer su relevancia para la comprensión del caso bajo estudio.

1.2. La evolución de la organización sindical

Desde sus orígenes los sindicatos fueron establecidos para proteger a la clase obrera de las privaciones y arbitrariedades derivadas de las relaciones de trabajo en las formaciones capitalistas. Son así, según Gramsci, 'el tipo de organización proletaria específica del período de historia dominado por el capital. En cierto sentido se puede sostener que son parte integrante de la sociedad capitalista, y tienen una función que es inherente al régimen de propiedad privada' (1973: 112).

De la subordinación estructural de la clase obrera surgen dos consecuencias importantes de las que se nutre el conflicto industrial. Por una parte el trabajador recibe, en concepto de sueldos o salarios, sólo una parte del valor creado colectivamente, de allí el origen de la dominación económica o explotación. Asimismo se ve privado de modo individual y colectivo, del control sobre su trabajo y del producto de ese trabajo, situación que fundamenta su alienación. La relación de trabajo es por lo tanto naturalmente conflictiva y encierra una relación de poder asimétrica ante la que resulta infructuosa la rebelión individual. El sindicato surge al reconocer los trabajadores que la acción colectiva constituye un requerimiento necesario para la efectividad de su acción. En las palabras de Marx que cita Losovski

El capital es poder social concentrado, mientras que el obrero sólo dispone de su fuerza de trabajo. El contrato entre capital y trabajo no puede, pues, descansar nunca en justas condiciones, ni aún en el sentido de la justicia de una sociedad que pone la posesión de los medios materiales de vida y de producción de un lado, y la fuerza productiva viviente en el opuesto.

Del lado del obrero, su única fuerza social es su masa. Pero la fuerza de la masa se rompe por la desunión. La división de los obreros es el producto y el resultado de la inevitable competencia entre ellos mismos. Los sindicatos nacen precisamente del espontáneo impulso de los obreros a eliminar, o por lo menos a reducir esta competencia, a fin de conseguir en los contratos condiciones que les coloquen al menos en situación superior a la de los simples esclavos (1969:8).

La mediación organizacional, aunque defensiva, pasó en los hechos a limitar el poder empresarial. No resulta entonces extraño que la historia del movimiento obrero de todos los países registre los sacrificios y luchas de los sindicatos primitivos para obtener reconocimiento; paralelamente, la hostilidad y represión de todo tipo ejercida por los capitalistas para erradicarlos de raíz, ya sea actuando individualmente o, como documentan los Webb para el caso británico 'utilizando su poder político y judicial sin ningún escrúpulo, incitando a un gobierno complaciente a atacar las combinaciones obreras a través de toda la perversión de la ley y la parcialidad en su administración' (1950:165)³.

En la mayoría de los países europeos la decisión de tolerar, en lugar de combatir, la acción de los sindicatos fue adoptada a fines del siglo XIX. Las características del sindicalismo de ese siglo, al que Touraine y Mottez (1971:266) denominan 'de oposición' y que corresponde al estadio competitivo y de transición al estadio monopolista del modo de producción capitalista, variaron de acuerdo a las peculiaridades de cada formación nacional.

A grandes rasgos, en aquéllas en las cuales eran aún importantes las relaciones pre-capitalistas y consecuentemente la clase obrera era todavía minoritaria, existía una contra-

dicción más neta entre la lucha en el plano reivindicativo profesional y aquélla a nivel de sociedad global; la acción sindical tendía a ser una acción de clase y revolucionaria, hostil a las transacciones políticas. Tal era la posición de los sindicatos anarquistas y sindicalistas revolucionarios a pesar de sus diferencias internas⁴.

Por el contrario, en aquellas formaciones en las que el modo de producción capitalista era ya dominante, los sindicatos fueron paulatinamente aceptados, conquistaron garantías y comenzaron a desplegar una tendencia integrativa.

Como argumenta Hyman

When trade unions have been treated as virtual outlaw organizations, the transformation of the established order has often seemed a precondition of their secure existence and effective operation; but once they are treated as legitimate social institutions, the incentive to define their functions within the framework of the existing social system becomes strong. The social acceptance of trade unions by those with industrial and political power both reflects the extent to which union policies can be accommodated within capitalism, and encourages continued moderation (1975:192).

Durante la fase de consolidación del capitalismo monopolista y en la fase contemporánea que Mandel (1975)⁵ denomina 'capitalismo avanzado' ('late capitalism') no solamente se afianza la tendencia anterior sino que el movimiento sindical en su conjunto experimenta cambios sustanciales que ponen de manifiesto el carácter esencialmente reactivo de la gestión sindical.

En cuanto al tamaño y estructura de los sindicatos:

Los sindicatos crecen, registrándose paralelamente un proceso de burocratización y creciente concentración del poder decisivo en la cúspide de la organización. Disminuye asimismo el nivel de participación de los afiliados a nivel local.

La estructura sindical muestra la disminución o desaparición de los sindicatos de oficio y el continuo aumento de

los sindicatos industriales. Adquieren paulatinamente creciente importancia los sindicatos que agrupan a los trabajadores del sector terciario tanto a nivel privado como estatal.

Al mismo tiempo que se afianzan los mecanismos de negociación colectiva⁶ aumenta paralelamente la acción política sindical a través de 'lobbies', partidos políticos, presión o intervención directa a nivel legislativo o administrativo: participación consultiva o ejecutiva en diversos ministerios u otras agencias en tópicos relacionados con el trabajo, la previsión social, la prevención de enfermedades profesionales, el planeamiento y la productividad. Se perfila de este modo un tipo de orientación sindical que Touraine y Mottez denominan 'politización apolítica'

...es decir, un sentimiento creciente de los integrantes políticos y económicos de los problemas sociales asociado a la voluntad de permanecer independiente del juego de las fuerzas políticas, de los partidos y de las doctrinas ideológicas (1971:265)

correspondiente a una fase de sindicalismo 'de control' que sucede al sindicalismo 'de oposición' predominante en el siglo XIX.

La 'politización' mencionada incluyó una relación variante con los partidos políticos y se tradujo mayoritariamente en distintas variedades de ideologías reformistas. En algunos casos las centrales mantuvieron en sus preámbulos declaraciones rituales referentes a cambios estructurales en la sociedad capitalista. En otros, los más frecuentes, los sindicatos se afianzaron como agentes difusores de la ideología dominante, desempeñando una función importante en el mantenimiento de la cohesión social⁷.

¿Cómo han interpretado esa evolución las diversas corrientes teóricas que han polemizado sobre el rol del sindicato en formaciones capitalistas avanzadas?

Cabe distinguir, por una parte, el análisis académico y, por otra, el de los teóricos socialistas.

1.3. La interpretación del pensamiento académico

En este ámbito⁸ y especialmente en el de la sociología industrial, se puede constatar la ausencia de reflexiones relevantes a la temática de investigación. Tanto en el análisis de sociólogos industriales como de expertos en relaciones industriales, las reflexiones sobre el rol del sindicato a nivel de sociedad global son escasas y generalmente secundarias a la línea de análisis principal, sea ésta la dinámica interna de los sindicatos en relación al mundo empresarial, los conflictos industriales, la negociación colectiva, los problemas de la productividad, la incentivación, etc. Un elemento común de aquellas reflexiones, sin embargo, forma parte de la tesis de la 'madurez' o integración progresiva de los sindicatos en la sociedad industrial.

El énfasis en uno u otro de los componentes del 'síndrome de la madurez' (utilizando la expresión de Hyman, 1971b) varía de acuerdo a los distintos autores consultados (Dubin 1954; Flanders 1968^a; Harbison y Coleman 1951; Lester 1958; Reynolds 1956; Tannenbaum y Kahn 1958). A pesar de ello pueden sintetizarse así; en el plano externo:

La tesis de la 'madurez' considera que los sindicatos, a medida que van ganando aceptación por parte del Estado y de los empresarios, se van integrando progresivamente a las instituciones del sistema, tanto a nivel estatal como de la industria y de la planta, proceso que refleja el pasaje de la hostilidad a la 'cooperación antagonística' en las relaciones empresa-sindicato. Varios factores contribuyen a explicar esa evolución: el Estado alienta la penetración del sindicato en sus distintas estructuras, ya que esa participación se traduce comúnmente en la promoción y adopción de estrategias 'responsables' en temas vitales al interés 'nacional'. A nivel industrial y de planta, la necesidad de la cooperación con la empresa surge de una meta que el sindicato no puede soslayar, su propia seguridad. Es también alentada por los empleadores más sofisticados al advertir la principal

ventaja derivada del reconocimiento del sindicato y de la negociación colectiva, la disciplina de la fuerza de trabajo que el sindicato se compromete a asegurar garantizando, de este modo, una relativa paz industrial⁹.

Esta perspectiva no pretende que las causas del conflicto industrial hayan desaparecido, pero enfatizan, en cambio, que éste ha sido institucionalizado suprimiéndose en el proceso sus características más disruptivas y volviéndolo rutinario e inocuo. Esta concepción resulta bien sintetizada en un pasaje de Dubin:

Collective bargaining is the great social invention that has institutionalized industrial conflict (...). One of the consequences of the institutionalization of conflict through collective bargaining is that the limits of industrial disorder come to be institutionally determined. For any given conflict there is inevitably introduced a long-time perspective, a vista of continuing relations between company and union regardless of the outcome of the current controversy. This time perspective can have an important influence towards limiting disorder. It is significant that in the United States strike violence has been inversely related to the permanence of unionism. As collective bargaining becomes an established feature of our society both sides come to recognize that each conflict-created disorder is inevitably succeeded by a reestablished order and that permanently disruptive disorder may materially impede the resolution of the conflict. Thus collective bargaining tends to produce self-limiting boundaries that distinguish permissible from subversive industrial disorder (...). We have thus built, in the institutional practice of collective bargaining, a social device for bringing conflict to a successful resolution (1954:44, 45, 47).

En el plano interno la 'madurez' se asocia al desplazamiento inevitable de las metas primitivas de la organización, ante la creciente importancia adquirida por las 'necesidades institucionales' (se advierte aquí la influencia de Michels, 1968); a la burocratización en aumento y correlativamente al

descenso de la democracia interna; y a la pérdida inexorable del enfoque 'idealista' y del énfasis combativo de la etapa de la fundación. Ambos aspectos son resumidos así por Lester:

the processes of internal change develop long-run tendencies towards internal stability, centralization, and machine control; the processes of external integration encourage a long-range tendency toward accommodation, orderly and peaceful arrangements, and breadth and moderation (1958:167).

Varios aspectos de la tesis de la 'madurez' merecen ser enfatizados.

Sus autores señalan acertadamente algunas de las principales características de la evolución del sindicalismo de pos guerra en diversos países capitalistas avanzados. Contribuyen así, especialmente a través del análisis de las pautas de institucionalización del conflicto económico, a la comprensión de los factores que influyen en el mantenimiento de una relativa 'paz industrial'.

La tesis no se presenta como tendencia¹⁰ operante en determinadas sociedades, contextos institucionales y períodos históricos. Por el contrario, se la considera como la expresión de una evolución universal, natural, inevitable y también deseable, ya que implica la transformación de órganos originaria y potencialmente disruptivos en componentes respetables de la sociedad industrial contemporánea.

When the conflict of interest groups is legitimate, these 'conflict' organizations contribute to the integration and stability of the society. Trade unions should not be viewed primarily in their economic-cleavage function. They also serve to integrate their members in the larger body politic and give them a basis for loyalty to the system. Marx's focus on unions and workers' parties as sources of revolutionary tension was incorrect. It is precisely in those countries where workers have been able to form strong unions and obtain representation in politics that disintegrative forms of political cleavage are least likely to be found.

Communist movements have developed in countries which were the most inclined to deny legitimacy to unions and other democratic expressions of working-class aspirations (Lipset 1959:113).

Los autores ignoran o soslayan el carácter capitalista del contexto¹¹ en que se desempeña el sindicato. Como consecuencia, omiten el análisis sistemático de las implicaciones derivadas de ese aspecto fundamental, tanto desde el punto de vista de la raíz estructural del conflicto industrial como de los mecanismos de control (económicos, políticos e ideológicos) externos e internos que contribuyen a explicar la limitación de los objetivos sindicales.

Esta omisión es comprensible considerando la influencia ejercida en el estudio de las relaciones industriales por la perspectiva ideológica dominante en las ciencias sociales de los Estados Unidos -y de los países bajo su hegemonía intelectual- durante las primeras dos décadas de la posguerra¹². Subyacente a esa perspectiva se encuentran la fe y el optimismo derivados de asumir que las contradicciones internas del capitalismo ya han sido definitivamente resueltas; que la estabilidad social y la prosperidad económica están aseguradas para el futuro de la humanidad. En la sociología fue la óptica del funcionalismo estructural parsoniano el que ejerció un impacto directo en el análisis de las relaciones industriales, fundamentando el concepto de 'sistema de relaciones industriales' (Dunlop 1958) que se constituyó en una de las nociones básicas de esa disciplina. De relevancia inmediata para la tesis de la 'madurez' es la obra de Coser (1956), muchos de cuyos pasajes encuentran eco directo en las páginas de los autores antes mencionados.

Asimismo la tesis de la 'madurez' -en cuanto se refiere a sus implicaciones a nivel de sociedad global- coincide implícita o explícitamente con una visión de las sociedades capitalistas avanzadas común en la sociología política del mismo período, como así también con las versiones menos catastróficas y aún disolventes de la existencia misma de la clase obrera

de la que suele denominarse la tesis del 'fin de las ideologías'.

Para la primera (Dahrendorf 1959; Marshall 1950) el crecimiento económico estable del período -que trajo consigo un mejoramiento considerable en el nivel de vida de la clase trabajadora, así como un aumento en el número de las capas intermedias- demuestra el error de Marx al pronosticar el empobrecimiento creciente de la clase obrera y la polarización de clases bajo el capitalismo. Las divisiones de clase no han desaparecido pero Marx habría exagerado la importancia del conflicto derivado de la propiedad privada de los medios de producción. Según Dahrendorf (1959:268-76), por ejemplo, tal concepción era propia de las condiciones imperantes en el siglo XIX cuando 'las líneas del conflicto industrial y político se superponían'; sin embargo, una consecuencia de la propia estabilidad del sindicalismo y de la negociación colectiva es que 'la industria y el conflicto industrial han sido aislados institucionalmente'. Asimismo, en el mundo contemporáneo el salario, la ocupación y el nivel ocupacional juegan un papel fundamental en la estratificación social y las diferencias de status disminuyen la importancia del conflicto entre clases. En el plano político esta visión enfatiza que el rol del Estado bajo el capitalismo no se limita a constituir el brazo armado de la burguesía; tampoco responde de modo directo al poder económico; por el contrario, merced a la influencia de los partidos políticos el Estado ha jugado un rol independiente, al limitar el poder derivado de la propiedad y garantizar iguales oportunidades a todos los componentes de la comunidad nacional, cualquiera fuera su status económico.

Sintetizando, estos autores no niegan la existencia de la clase obrera y la existencia del conflicto industrial y político, pero argumentan que por la operación conjunta de los factores mencionados, a medida que el conflicto se institucionaliza va perdiendo su antigua virulencia, al mismo tiempo que la clase obrera se integra a las estructuras capitalistas vía

partidos y sindicatos, perdiendo en el proceso su potencial revolucionario.

La tesis del 'fin de las ideologías',¹³ -correspondiente a la imagen de la sociedad del bienestar de la década del 60- se explaya sobre las características que asumirá una sociedad industrial avanzada que se denomina de 'industrialismo pluralista', a medida que reemplaza a la sociedad de clases y de masas de tiempos anteriores. Para esta tesis es la lógica misma de la industrialización la que involucra la conciliación de intereses entre los diversos componentes sociales y la institucionalización del conflicto, al mismo tiempo que origina la desaparición o descomposición de la antigua clase obrera como un estrato social con su propia cultura distintiva. No todas las desigualdades sociales desaparecerán en la sociedad industrial. A modo de ejemplo, el conflicto económico persistirá, pero éste no se entiende como derivado del antagonismo estructural entre el capital y el trabajo sino como una disputa entre ambos en términos cuantitativos (quién recibe cuánto del producto social), al mismo tiempo que su misma intensidad decrecerá con la mayor prosperidad industrial y su institucionalización por la vía sindical. La institucionalización separará también a otros tipos de conflicto entre sí, de tal modo que el antiguo conflicto de clase se verá fragmentado en diversas áreas, industrial, política, etc., y tornado inofensivo resultará 'funcional' para la estructura social. La clase obrera o el estrato que la reemplaza aparece en este enfoque como satisfecha de su rol social, ignorándose fenómenos tales como la alienación, posiblemente por falta de referente empírico dentro del esquema. En aquellos países europeos en los que el enfoque advierte un grado inesperado de conflicto de clase, por ejemplo en Francia e Italia, su presencia se explica haciendo referencia a elementos extra-industriales que tenderán a desaparecer con el mayor avance de la industrialización. La función que la tesis en cuestión otorga al sindicato de la sociedad industrial es aún más restringida que la de la tesis de la 'madurez':

The purpose of these occupational and professional associations (trade unions) will be relatively narrow, mostly the improvement of the status of the occupation in terms of income, prestige, and specification of the rights and duties that accompany it. Generally these organizations will be a conservative force in society, opposed to new ways of doing things, (...) The techniques of the professional associations for achieving their ends will be those of the bureaucratic organization everywhere; a far cry from the individual withdrawal, or the guerrilla warfare, or the strike or the political reform movement of earlier times (Kerr et al. 1960:293).

Teniendo en cuenta tanto las premisas de la tesis de la 'madurez' como sus correlatos teóricos no resulta arbitrario concluir que el planteamiento de la problemática de investigación no tiene cabida dentro de esta perspectiva.

1.4. El pensamiento socialista

Para el pensamiento socialista la discusión sobre el rol de los sindicatos será comprendida en la temática más general de las características de la revolución proletaria, las diversas interpretaciones de la tesis de la emancipación del proletariado y la discusión del rol que los diversos órganos de clase (sindicato, partido, consejos obreros) jugarían en aquel proceso.

Dejando de lado momentáneamente la variedad de posiciones sobre los tópicos mencionados, destaquemos sus premisas comunes. Primero: el antagonismo entre el capital y el trabajo tiene características estructurales inherentes a la lógica de la acumulación capitalista¹⁴; por lo tanto, el interés de clase del proletariado es definido en términos de la abolición de esa subordinación estructural, como condición necesaria para su emancipación. Segundo: esa tarea de emancipación, como lo sintetizara Marx en los Estatutos de la Primera Internacional, 'debe ser obra de los trabajadores mismos'. La tesis de la autoemancipación presenta, sin embargo, un problema especial que Mészáros resume así:

The proletariat as merely the 'sum total' of its individual members (in Sartre's terminology: the class as a 'serial collective') at any given time is a sociological contingency, with specific aims and more or less limited powers and instruments for their realization. The same proletariat, though, is at the same time -in virtue of its necessarily subordinate class position with respect to the bourgeoisie- also a constitutive part of the irreconcilable structural antagonism of capitalist society. The distance between these two aspects of the 'being of the proletariat', as reflected in the prevailing form of class consciousness, can be greater or lesser in different historical situations, and no linear progress in reducing the gap is implied by Marx's formulations of the problem of class consciousness (1973:100).

El reconocimiento de la discontinuidad entre el 'ser' y la 'existencia' del proletariado plantea el problema de cómo trascender los límites de su 'forma prevaleciente' de conciencia de clase en una coyuntura dada en dirección de una conciencia de clase correspondiente a ese ser social, es decir basada en el reconocimiento de su interés objetivo de clase. Esa tarea no tiene, en el pensamiento de Marx, características de fatalidad o inevitabilidad aunque sí se la considera realística, pues está de acuerdo con las características objetivas del desarrollo histórico (Cf. Mészáros 1973:101). Es, además, una tarea compleja, pues: ¿cómo surge esa conciencia de clase? ¿Espontáneamente, de la experiencia del trabajador en su rol productivo o en otros campos de lucha? ¿Es o no necesario contar con una teoría y una organización que la articule? En este caso, ¿cuál es el rol de esa vanguardia, cuáles sus relaciones con la clase? A su vez la respuesta a estos interrogantes no puede separarse de la concepción de la meta final, la sociedad que se quiere construir, el tipo de revolución que ha de hacerla posible y la interpretación de la tesis de la autoemancipación. Antes de considerar las dos grandes líneas conceptuales que cabe distinguir dentro del marxismo, resultará útil resumir el pensamiento de Marx y Engels sobre el tópico.

1.4.1. Marx y Engels

Se señaló que para Marx la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos. El énfasis en la característica de autoemancipación, en la que Marx y Engels insistirán hasta el final de sus vidas, ratificaba la confianza de ambos en que la clase obrera era capaz a través de su propia praxis, de sus luchas y esfuerzos, de adquirir plena conciencia de su interés y objetivos de clase¹⁵; confianza que se mantuvo incólume a pesar del período de retroceso que experimentó el movimiento obrero en la segunda mitad del siglo XIX.

La tesis de la autoemancipación es asimismo, como advierte Nun (1973:206-207), la única lógicamente compatible con los principios del materialismo dialéctico para el cual la distinción entre el 'ser social' y la conciencia y la primacía del primero sobre la segunda resultan fundamentales. 'No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia', expresó Marx (1859 en Obras... 1957:240) pero, ¿qué características tiene esa determinación? Para un materialismo mecanicista la conciencia está directamente determinada por la situación del agente social, de tal modo que el proletariado, como clase subalterna, está imbuido exclusivamente de las ideas de las clases dominantes. Para Marx, sin embargo, esa determinación es dialéctica y resulta mediada por la propia praxis del sujeto. Así surge de la famosa Tesis III sobre Feuerbach:

La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por lo tanto, los hombres modificados son productos de circunstancias distintas y de una educación distinta, olvida que las circunstancias se hacen cambiar precisamente por los hombres y que el propio educador necesita ser educado. Conduce, pues, forzosamente, a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad (así, por ej., en Robert Owen). La

coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria (1845 en Obras ... 1957:713).

Marx y Engels insistirán en esa interpretación antimecanicista en un conocido pasaje de La ideología alemana:

... tanto para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante la cosa misma (la revolución), es necesario una transformación en masa de los hombres, que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una revolución; y que, por consiguiente, la revolución no sólo es necesaria porque la clase dominante no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que derriba, salir del cieno en que está hundida y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases (1968:82).

De los textos citados se deducen varias consecuencias. Por una parte, Marx descarta las posiciones materialistas mecanicistas para las cuales el sujeto es puro producto social y que ignoran que esa misma sociedad es a la vez consecuencia de la actividad humana, 'un proceso de totalización a través del cual el hombre produce estructuras que, a su vez, lo producen' (Nun 1973:210). Por la otra, rechaza también las consecuencias idealistas de aquellas posiciones que consideran que el proletariado sólo puede ser educado 'desde afuera', estableciendo un corte artificial entre educadores y educandos. Asimismo, como la conciencia de clase no es sinónimo ni producto de un 'saber intelectual'¹⁶, la teoría juega en su esquema un papel importante pero más modesto que el que le es habitualmente concedido, no pretendiendo expresar la 'conciencia racional imputada' de la clase en la terminología de Lukács (1971) sino que es ante todo

... 'una guía para la acción' no porque expresa de una vez para siempre la conciencia de la clase sino porque brinda los elementos que sirven para explicar su proceso de formación y de des-

arrollo. Lejos de intervenir como la portadora de una conciencia externa, la teoría parte de las luchas y experiencias concretas del proletariado y reflexiona sobre ellas para contribuir a profundizarlas (Nun 1973:211).

Marx así lo expresó en Miseria de la filosofía¹⁷:

Así como los economistas son los representantes científicos de la clase burguesa, los socialistas y los comunistas son los teóricos de la clase proletaria. Mientras el proletariado no esté aún lo suficientemente desarrollado para constituirse como clase; mientras, por consiguiente, la lucha misma del proletariado contra la burguesía no reviste todavía carácter político (...) éstos teóricos son sólo utopistas (...) Pero a medida que la historia avanza y con ella empieza a destacarse con trazos cada vez más claros la lucha del proletariado, aquéllos no tienen ya necesidad de buscar la ciencia en sus cabezas: les basta con darse cuenta de lo que se desarrolla ante sus ojos y convertirse en portavoces de esa realidad (1971:109).

En otros términos, el teórico esclarece el proceso de lucha ya en curso y, como observa Carlo (1973:317), 'Es cierto que esclarecer teóricamente un movimiento en acción y sus fines es algo importante que puede, en ocasiones, ayudar a su éxito de manera decisiva. Pero ninguna teoría puede crear y transformar un movimiento reformista en revolucionario'. Del mismo modo, si se admite que sólo la lucha, la experiencia propia del agente es la que forma su conciencia; que sólo educa la práctica revolucionaria por la que los hombres transforman el mundo, al mismo tiempo que se transforman a sí mismos, la revolución no puede limitarse al mero hecho político (aunque necesariamente lo comprende). Por el contrario, debe entenderse como un proceso social 'ese movimiento práctico de transformación por el que el proletariado va adquiriendo conciencia de su ser social al tiempo que niega y destruye el sistema de dominación vigente' (Nun 1973:210).

¿Qué papel juegan en ese proceso los distintos órganos de clase? Consideremos el rol asignado al partido político.

No se encuentra en la obra de Marx ni de Engels una teoría sobre el partido revolucionario a pesar de la importancia otorgada por ambos (en su actividad teórica y política) al problema de la organización de la clase. Señala Johnstone al respecto¹⁸:

No elaboraron (Marx y Engels) por adelantado un 'plan' para la creación de un partido revolucionario del proletariado al cual integrar su trabajo teórico posterior, y en ningún momento se consagraron a formar un partido político (...) se apoyaron en las organizaciones existentes creadas por sectores progresistas de esa clase (proletariado) y condenaron como sectarismo toda tentativa de imponer sobre la clase trabajadora, y desde afuera, formas preconcebidas de organización (1969:105-106).

Marx, a diferencia de Lenin, nunca consideró la organización

...más que como un momento eminentemente práctico, un instrumento plástico y mutable, un reflejo de lo que constituye el único objeto real de la revolución: el proletariado. La organización lo expresa, no lo precede; menos aún anticipa contenidos y roles. Lo que había ya se parado a Marx de las tendencias conspirativas no era solamente su carácter restringido y secreto, sino también la convicción que tenían de poder administrar un proceso revolucionario por cuenta del proletariado (Rossanda 1973:2)¹⁹.

Tampoco encontramos en Marx ni en Engels una teoría de los sindicatos, aunque sí reflexiones sobre el tema que abundan principalmente en sus obras de juventud²⁰. De modo sucinto, los argumentos de la década 1840-50 enfatizan las características de la evolución industrial capitalista que no solamente origina las privaciones que hacen necesaria la asociación de los trabajadores para la defensa de sus intereses comunes, sino que al mismo tiempo facilita esa combinación a través de la concentración creciente de los mismos en las modernas unidades de producción. La organización colectiva, al vencer la competencia individual en el mercado de trabajo, supone ya un elemento de inestabilidad dentro del sistema, contribuyendo, asi-

mismo, a desarrollar la conciencia de clase mediante la experiencia de la lucha colectiva. Pero el poder de los sindicatos en la esfera de la reivindicación económica es escaso, siendo por sí mismos incapaces de modificar las leyes económicas que tenderían al creciente empobrecimiento de la clase trabajadora. Ese mismo fracaso en la consecución de sus demandas económicas explica su potencialidad en la esfera política, ya que obligaría a los trabajadores y a sus sindicatos a recurrir a formas de lucha política y eventualmente a la confrontación directa del sistema²¹.

Si bien el desarrollo sindical posterior puso en tela de juicio sus expectativas originales, ni Marx ni Engels las revisaron sistemáticamente, atribuyendo las características de 'excepcionales' de la experiencia británica a factores locales, tales como la corrupción de los dirigentes, la existencia de una aristocracia obrera y el aburguesamiento de la clase obrera británica, como consecuencia del rol dominante del capitalismo inglés en la economía mundial de la época.

En otros términos, y pese a las reservas de sus últimos años ante las desviaciones 'economicistas' de algunos sindicatos, ni Marx ni Engels modificaron sustancialmente su posición original. El sindicato seguía siendo para ambos parte integral e importante del proceso de revolución social.

1.4.2. El leninismo ortodoxo

La primera línea conceptual -a la que se aludirá bajo el nombre de leninismo ortodoxo y que es mayoritaria- parte del análisis político que Lenin efectúa en ¿Qué hacer? y considera que la teoría de la organización allí desarrollada es la teoría marxista del partido y de la organización proletaria, así como la única respuesta correcta a la problemática del pasaje de la clase 'en sí' a 'para sí'.

A fin de hacer justicia a Lenin es necesario destacar que la tesis desarrollada en el célebre panfleto representa solamente un momento de la evolución de su pensamiento que -como documenta Carlo (1973) en un excelente análisis- no constituye

ni la única ni la fundamental de sus posiciones sobre la relación vanguardia-masas. A título de ejemplo, las posiciones primitivas de Lenin (1895-6) enfatizan que la conciencia del proletariado nace espontánea e inevitablemente de su experiencia en la fábrica, en la lucha económica, a partir de la cual desarrolla una posición radicalmente antagónica al capitalismo, llegando a comprender la naturaleza de clase de la ley y del Estado y a plantearse la necesidad de la lucha a un nivel político superior (derrocamiento de la autocracia zarista). En ese entonces el rol atribuido a la socialdemocracia rusa era el de acelerar el desarrollo de esa conciencia, insertándose en las luchas de fábrica pero sin pretender aportarla desde el exterior.

Esa posición 'primitiva' de Lenin va siendo modificada ante el relativo fracaso de las luchas obreras de 1895-6 que hicieron necesario el replanteo de las posibilidades de la acción económica sindical. Sus escritos del período intermedio (1897-1901) irán reflejando el abandono de su pensamiento espontaneísta y la evolución paulatina hacia las posiciones cristalizadas en ¿Qué hacer? En 1902, luego de sufrir cárcel y destierro, Lenin se encuentra en el exilio compartiendo con los compatriotas de Iskra la preocupación por la necesidad de proceder a crear las condiciones para la constitución de un partido centralizado que reemplazara a la ineficacia de la federación de los círculos de 1898. La tentativa debía realizarse desde arriba, reflexiona Carlo:

...(ya que la experiencia de la base fracasó en 1898), y el grupo de los intelectuales de la Iskra debe vencer, desde fuera de la realidad rusa, el primitivismo de los círculos llevando a ellos conciencia (teoría) y organización (con esto no queremos aceptar la tesis iskrista ni aún para el período 1901-05, sino únicamente esclarecer cómo la realidad impulsó a ciertos grupos a asumir determinadas posiciones).

En otros términos, la situación en que deben operar la Iskra y Lenin parece contener el modelo más adecuado a la tesis de fondo

del ¿Qué hacer? (...) La situación parece exigir, cada vez más, la intervención externa del grupo de la Iskra, el único que parece en condiciones de desbloquearla (1973:313).

En esta coyuntura aparece ¿Qué hacer? en 1902. Veamos dos pasajes que resumen la posición del autor sobre tópicos directamente relacionados a la problemática de investigación:

Since there can be no talk of an independent ideology formulated by the working masses themselves in the process of their movement, the only choice is - either bourgeois or socialist ideology. There is no middle course (1973:384).

The history of all countries shows that the working class, exclusively by its own effort is able to develop only trade-union consciousness, i.e., the conviction that is necessary to combine in unions, fight the employers, and strive to compel the government to pass necessary labour legislation, etc. The theory of socialism, however, grew out of the philosophic, historical, and economic theories elaborated by educated representatives of the propertied classes, by intellectuals. By their social status, the founders of modern scientific socialism, Marx and Engels, themselves belonged to the bourgeois intelligentsia. In the very same way, in Russia, the theoretical doctrine of Social-Democracy arose altogether independently of the spontaneous growth of the working-class movement; it arose as a natural and inevitable outcome of the development of thought among the revolutionary socialist intelligentsia (375-376). (Subrayado agregado)

De los párrafos citados surge una visión de la realidad social en la que la clase obrera aparece, ante la dicotomía ideología burguesa/ideología socialista como mero soporte de estructuras en cuya reproducción interviene de manera pasiva. En contraste, la intelectualidad burguesa²², que tiene el monopolio de la ciencia socialista (al que se equipara el máximo nivel de conciencia de clase proletaria, la conciencia revolucionaria socialista o conciencia 'socialdemócrata' en la

terminología de Lenin, es decir, el reconocimiento 'of the irreconcilable antagonism of their interests to the whole of the modern political and social system' (1973:375) aparece con una misión liberadora. A ella le corresponde aportar a la clase obrera su conciencia revolucionaria²³, ya que esta clase, librada a sí misma, no puede trascender los límites de la ideología burguesa en la que se subsume su conciencia 'trade-unionista'. Adviértase que en esta versión extrema la conciencia socialista equivale a un 'saber científico', 'remate de un proceso en el campo de las ideas que, elaborado presuntamente al margen de las experiencias concretas del proletariado, es, no obstante, el paradigma de la conciencia justa que esta clase debe alcanzar' (Nun 1973:209).

¿Qué función les cabe a los órganos de clase en la perspectiva del ¿Qué hacer?

El partido proletario pasa a ocupar un sitio de preeminencia. Lenin advoca la creación de un partido fuerte y centralizado, en base al poder de 'diez cabezas fuertes' y al cual corresponderá la tarea de educación, guía y adoctrinamiento político de la base proletaria en el curso de sus luchas. El rol de dirección y concientización de las masas aparece como su 'leit-motiv', constituyéndose en el

... nexo indispensable entre la racionalidad descubierta y quienes deben asumirla: no puede extrañar, entonces, que este lugar de encuentro entre el proletariado y su conciencia externa pase a ser casi naturalmente el verdadero sujeto del discurso revolucionario y que el papel, la estructura y el funcionamiento de la organización se consideren susceptibles de una teorización autónoma y universalmente válida.

Leída con tales lentes, la tesis de la autodemancipación de los trabajadores sólo tiene sentido en la medida en que clase y partido se hagan sinónimos. Desgraciadamente, la experiencia histórica de este siglo tiende a probar que, de este modo, la clase obrera con cluye siendo usada para realizar una revolución que no es la propia (Nun 1973:209).

Señalemos al pasar que esta visión del partido coincide con una definición de la revolución como 'hecho político' y no como proceso.

Respecto de los sindicatos, el juicio de Lenin es terminante. Sus actividades habituales no constituyen un peligro para la reproducción del sistema capitalista.

Por una parte los sindicatos organizan a los trabajadores de manera sectorial, como vendedores de su fuerza de trabajo, de acuerdo a las divisiones industriales y ocupacionales impuestas por el capitalismo y no como productores, como integrantes de una misma clase. Las luchas sindicales son típicamente luchas sectoriales, limitación que no impide la satisfacción de las reivindicaciones económicas de los trabajadores pero que traba la unidad de acción política de la clase. Paralelamente, el éxito de su capacidad negociadora explica la tendencia de los sindicatos a integrarse de modo natural y paulatino dentro del sistema.

El segundo elemento que limita la acción sindical es de carácter ideológico (ya anticipado en las citas precedentes). El movimiento obrero librado a sí mismo sólo puede asumir una conciencia tradeunionista que no supera los límites de la hegemonía ideológica burguesa. Del mismo modo, la acción política sindical no pasa de ser 'la política burguesa' de la clase obrera.

Escapa a los propósitos de esta síntesis entrar en la crítica de las implicaciones del ¿Qué hacer? y de sus circunstancias justificadoras, tarea que, por otra parte, ya ha sido realizada por numerosos autores. Cabe señalar solamente que la posición leninista de 1902 es anti-dialéctica; que cae en el idealismo en manifiesta contradicción con el pensamiento de Marx y Engels sobre los mismos tópicos citados en páginas anteriores; y que resultó superada por el propio curso de la historia del movimiento obrero, en la que existen numerosos ejemplos que desmienten las limitaciones de ¿Qué hacer? (Entre aquellos que precedieron a su publicación: los acontecimientos

de Francia en 1848-9, la Comuna de París, el Cartismo inglés). La revolución rusa de 1905 y la experiencia de los soviets, a sí como las críticas procedentes del campo mismo de la social democracia internacional -entre ellos el famoso debate con Rosa Luxemburgo- contribuyen a explicar la evolución teórica de Lenin en los años siguientes y su culminación en El Estado y la revolución, cuyos postulados son diametralmente opuestos a los de ¿Qué hacer? El viraje burocrático de 1919-20 y la tentativa de síntesis en los últimos años de su vida muestran el itinerario complejo y contradictorio de un pensamiento que es capa a cualquier generalización superficial.

En perjuicio del propio Lenin, sin embargo, son las posi ciones extremas del ¿Qué hacer?, las que al ser canonizadas por Stalin y la III Internacional quedaron consagradas como su teoría de la organización proletaria y pasaron a fundamentar la metáfora de la pirámide²⁴ que la III Internacional con tribuyó a popularizar.

Esta imagen alude a la existencia de una base constituida por la clase obrera y de un vértice, en el que se asienta el partido, correspondiéndole a los sindicatos operar entre ambos como 'correas de transmisión'. Como señala Nun (1973: 214-222) el símbolo, por sí mismo, sugiere la idea de jerar guía: relación cúspide-base; de homogeneidad: pues no se admiten contradicciones entre las mediaciones institucionales entre sí ni entre ellas y la base; y si se le agrega como atributo la idea de un ariete, listo para la toma del poder (revolución como 'hecho político') describe adecuadamente las posiciones vanguardistas sostenidas por la izquierda tradicio nal. Nótese que la imagen excluye organizaciones autónomas de base, por ejemplo consejos obreros. ¿Qué rol cabe a los sindi catos en este esquema?

Como organizaciones de masa que articulan las reivindicaciones económicas de una base cuya conciencia no supera los límites tradeunionistas, los sindicatos se subordinan al vértice, en el que está concentrado el monopolio de la conciencia revolucionaria (partido) y actúan como 'correas de transmi-

sión' entre éste y los afiliados, suministrando a las luchas obreras una dimensión política de la que normalmente carecerían (jerarquía). Los problemas que necesariamente implica toda mediación institucional²⁵ son ignorados por el esquema mediante el recurso de la homogeneidad que asume una articulación perfecta entre los diversos niveles, debido a la relación de completa transparencia existente entre la masa y sus órganos representativos.

En síntesis y desde esta perspectiva, el sindicato es un órgano de lucha económica al que se concede una participación a nivel político e ideológico pero subordinada a la estrategia general de la lucha resuelta por el partido. En el plano ideológico específicamente esa participación es entendida como proceso eminentemente intelectual, de introducción de una conciencia (ciencia) externa a las luchas obreras, epitomizándose en la difusión de 'mensajes concientizantes' provenientes de la cúspide. La posibilidad de una concientización derivada de las luchas por el control obrero escapa a los límites de esta perspectiva.

A título de ejemplo contemporáneo de una versión extrema de los límites a la acción sindical sugeridas por la metáfora de la pirámide, puede citarse un conocido artículo de Anderson (1967) dedicado precisamente a la temática de los alcances y limitaciones de la acción sindical.

En él, Anderson aborda el problema del rol de los sindicatos en el movimiento socialista a la vez que se interroga sobre sus perspectivas inmediatas en el marco británico. Luego de pasar revista a una serie de argumentos clásicos que señalan la imposibilidad de un sindicalismo revolucionario -incluyendo una referencia al Lenin de ¿Qué hacer? que resulta difícil de encontrar tan explícitamente formulada en otros artículos contemporáneos- Anderson considera diversas estrategias sindicales comentando sus limitaciones, ya se trate del arrebato parcial del control patronal, la ocupación de fábricas o la huelga general. Señala asimismo la importancia de la lucha económica articulada por el sindicato y la identidad

sociopolítica que la clase obrera recibe a través de la organización, cualquiera sea el grado de colaboracionismo con la patronal que evidencien sus dirigentes. En cuanto al futuro de la acción sindical, Anderson sólo concibe la militancia en el ámbito económico, advocating una estrategia opositora a la política de ingreso auspiciada por el gobierno británico, y destacando la dimensión necesariamente política que asumen reivindicaciones consideradas tradicionalmente como económicas ante la realidad del capitalismo contemporáneo.

The trade union struggle is now, necessarily, a political struggle. The two can no longer even temporarily be dissociated. Does this mean that trade unions can or should now, despite everything that has been said earlier act as political agencies? No, their efficacy lies elsewhere. The new factor is that their traditional economic demands now have an immediate political dimension, whether they like it or not. It is the 'logic' of their industrial struggle (278-9).

Anderson finaliza su artículo insinuando un ajuste de cuentas entre el Partido Laborista y los sindicatos, dejando abierta la posibilidad de que el futuro depare la creación de otro partido u otra institución política al que los sindicatos transfieran su adhesión actual al Partido Laborista (279).

Si el artículo de Anderson puede servir de indicador de la posición de un sector influyente del marxismo contemporáneo sobre el tema sindical, puede concluirse que tampoco desde esta versión 'ortodoxa' actualizada adquiere sentido la problemática de investigación, puesto que en su esquema no existe la posibilidad de un comportamiento sindical intermedio (admitiendo el carácter utópico de un sindicalismo revolucionario) que permita a ese órgano de clase contribuir eficazmente a un proceso de liberación. La potencialidad del sindicato en el plano político es desalentada recordando que 'nunca ninguna huelga general tuvo éxito':

It can, in other words, be counterproductive.
The strike is fundamentally an economic weapon,

which easily boomerangs if used on terrain
for which it is not designed. (266)

La posible contribución en el plano ideológico no resulta siquiera mencionada, omisión que no es sorprendente considerando las limitaciones de la ideología sindical y los conceptos de ¿Qué hacer? que Anderson cita con complacencia. Dentro del marco de las reivindicaciones económicas éstas quedan reducidas a las demandas salariales. La discusión del rol del sindicato ante demandas de control provenientes de la base, la potencialidad del sindicato en este tópico y la contribución de esas luchas por el control, en forjamiento de un poder proletario autónomo, son temas que la internalización de la imagen de la pirámide eliminan del horizonte de su discurso.

¿Qué perspectivas ofrece, en contraste, la línea conceptual no ortodoxa?

1.4.3. El marxismo no ortodoxo

La segunda línea interpretativa se encuentra dispersa en los escritos de teóricos socialistas²⁶ -muchos de ellos de inspiración gramsciana- que se plantean los desafíos que debe enfrentar el marxismo ante la realidad del capitalismo contemporáneo y las enseñanzas que pueden extraerse de diversas experiencias históricas: las desviaciones burocráticas de los países del este europeo; el sentido de las luchas obreras en los países capitalistas avanzados; la revolución cultural china, el movimiento estudiantil de la década del 60, etc. A riesgo de cometer injusticias con autores individuales, y pasando por alto diferencias de matices, puede intentarse una síntesis de esas posiciones.

La búsqueda de esa estrategia marxista comienza por plantearse una imagen de la sociedad socialista que se pretende construir en base al análisis y crítica de las sociedades existentes. Constituye así, esencialmente, un rechazo a la concepción burocrática del socialismo (entendido como mera prolongación del 'Estado de bienestar' pero con base estatal),

planteándose el nuevo ordenamiento social como un salto cualitativo, una ruptura revolucionaria que rechaza el universo social de la burguesía y los valores que le sirven de sustento. Esa sociedad sería, ante todo, igualitaria y antiautoritaria y estaría basada en la movilización y el control popular como antídoto contra degeneraciones burocráticas. Como meta final contempla una auténtica autogestión, entendida como la administración democrática de los medios de producción y decisión socializados. En otros términos, la imagen futura implica no solamente una transformación de la estructura económica sino también del poder político que tienda a hacer desaparecer la división entre gobernantes y gobernados, dirigentes y dirigidos.

Para el diseño de la estrategia revolucionaria, esta línea parte de la realidad de la fase contemporánea del capitalismo monopolista prestando especial atención al fenómeno de la integración creciente de los aparatos de dominación económica, política e ideológica y a la subordinación progresiva de distintas áreas sociales a la lógica de la racionalidad del sistema. Ante este proceso la distinción entre lucha social y lucha política pierde su nitidez de antaño y, correlativamente, las luchas sociales adquieren una nueva dimensión 'política' que niega que el espacio político se agote (como pretende la ideología burguesa) en el ámbito de la lucha parlamentaria o insurreccional. Por el contrario, para esta concepción la 'despolitización' de las sociedades capitalistas avanzadas es parte de la mistificación que opera la ideología burguesa al separar artificialmente el ámbito de lo político, de lo económico y de lo social. Por lo tanto, la estrategia socialista sólo puede ser efectiva si es capaz de 'repolitizar' esa realidad artificialmente neutra y 'natural', recuperando como campo legítimo de lucha aquellos ámbitos (la escuela, la salud, el barrio) aparentemente no contradictorios y por lo tanto no políticos.

Al reconocer que el poder capitalista se materializa en un sistema complejo de relaciones de dominación (económicas,

políticas, ideológicas) que no puede destruirse mediante la revolución entendida como 'asalto al poder' (que Gramsci denominara el modelo 'oriental' de revolución, como 'guerra de movimiento') esta estrategia advoca una práctica revolucionaria expresada como 'guerra de posición' -y para algunos autores también como 'guerra prolongada' aludiendo a la estrategia maoísta- es decir como un largo proceso que, basado en las contradicciones objetivas del sistema, se despliega como cuestionamiento de masas al conjunto de las instituciones en que aquéllas se cristalizan.

De la imagen de la sociedad del futuro y de la estrategia recomendada por la sociedad capitalista del presente surge un retorno a Marx y a su concepción de la determinación dialéctica de la conciencia de clase y de la revolución como proceso. La problemática de la autoemancipación del proletariado reaparece como centro de la estrategia revolucionaria. La consigna del control obrero de las condiciones de trabajo y de gestión, de la centralidad de la fábrica como ámbito de lucha adquiere en consecuencia un papel fundamental. Estas luchas por el control son evaluadas no tanto por los logros obtenidos -que pueden ser efímeros considerando la relación asimétrica de poder entre las partes contendientes- como por la capacidad de auto-organización y la toma de conciencia política que involucra la acción de perseguirlos.

Toda lucha por el poder obrero que involucre a grandes cantidades de gente; toda lucha que dé por resultado la formación de los consejos y comités obreros, asambleas abiertas, el libre debate, el ejercicio de la democracia directa y del poder colectivo, cada una de esas luchas prepara a la clase trabajadora para transformarse en la clase dirigente y abolir todas las formas extrañas de poder desde arriba (Gorz 1973:246).

La lucha en la fábrica²⁷, si bien es el principal, no es el único ámbito de lucha reivindicado por esta perspectiva. Se mencionaron las otras esferas usualmente despolitizadas, las cuales, juntamente con la fábrica, pueden constituir la base

de un movimiento político de masas susceptible de convertirse en genuino contrapoder dentro del sistema, y en eje de vertebración de un nuevo bloque histórico revolucionario. La forma organizativa de este movimiento sería una red de comités o consejos que, como órganos de democracia directa, pudieran ser controlados por las masas, expresando el conjunto de los sectores populares involucrados en la lucha. Hasta aquí coinciden los autores consultados. Mayores diferencias se advierten en cuanto a los órganos de clase, sus funciones y relaciones.

¿Qué rol le cabe al partido obrero en esta perspectiva? Los teóricos de la revista Pasado y Presente (1973:N^o1:17), por ejemplo, mencionan la misión de trascender el componente corporativo de las luchas de la base, estimular su desarrollo político, coordinar sus esfuerzos a nivel general y estimular el crecimiento de las vanguardias internas a la clase en las que deberían resolverse. En base a éstas se irá conformando el partido 'en el gran sentido histórico' a cuyo cargo estaría articular las luchas desde una perspectiva global, preparando el camino para la toma del poder, asumiendo el momento 'violento' de la tarea revolucionaria. Su organización debería ser tal, sin embargo, que le permitiera asumir con flexibilidad y como objetivos inmediatos las exigencias y las demandas emanadas de la base.

Esta línea interpretativa rechaza, por lo tanto, el sentido de partido obrero como Estado Mayor de la revolución, instalado apriorísticamente en la cúspide de la pirámide, ya que este modelo de partido no reflejaría el crecimiento político de la base, sino que se constituiría en su vanguardia externa, encargada de dirigirlas y conquistarlas a fin de que reconocieran su liderazgo. Representa, por lo tanto, una concepción opuesta a la metáfora de la pirámide advocada por la izquierda ortodoxa.

Es consecuente con la lógica de esta perspectiva la definición del rol de la teoría, fundamentalmente, en términos del esclarecimiento y profundización de las luchas sociopolí-

ticas en curso. Se distingue así entre teoría y conciencia. Una corta digresión sobre el tópicó resultará de utilidad para la discusión sobre el tema a desarrollar en capítulos posteriores.

La distinción entre teoría y conciencia de clase que efectúan los autores marxistas no ortodoxos resulta de suma importancia para evitar las consecuencias políticas derivadas de una concepción que admite la división educadores y educandos. Concuerdá además con la evidencia histórica y contemporánea que señala que no existe -aún en ausencia del partido marxista revolucionario- esa completa sumisión de las clases dominadas a la ideología de la clase dominante; que subsisten en la conciencia o subcultura de la clase obrera elementos de ruptura, de oposición, que no pueden ser subsumidos fácilmente en la categoría global de 'ideología burguesa'.

Admitida la importancia de aquella distinción tal vez no resulte exagerado señalar que, a partir de las contribuciones seminales de los clásicos, el avance teórico en este tópicó ha sido relativamente modesto²⁸. En primer lugar, en cuanto a la especificación de los elementos constitutivos de la conciencia de clase y el de los diversos niveles de esa conciencia que es dable percibir en una coyuntura determinada. Esta última elaboración permitiría refinar la dicotomía conciencia sindical/ conciencia socialista revolucionaria derivada de Lenin (y que es utilizada incluso por autores que rechazan el origen externo de la conciencia máxima y que sostienen el carácter dialéctico de su determinación). Es posible entonces considerar esa dicotomía como partes de un 'continuo' en el que sería posible distinguir la existencia de otros niveles de conciencia. Hyman (1971^b:41), por ejemplo, sugiere la existencia de un nivel 'intermedio': 'the recognition of the common interests of workers as a class and the opposition of these interests to the existing structure of society'. Véase asimismo el original tratamiento del tópicó desarrollado por Reich (1972:277-357).

La aproximación a la conciencia de clase en términos de niveles apunta ante todo a detectar una conciencia de clase 'actual'. Paralelamente, otra avenida de profundización teórica que complementa la anterior, es la que postula la existencia de una conciencia 'dual' (Mann 1973). Este autor, en base a la evidencia proveniente de diversas investigaciones llevadas a cabo en países capitalistas avanzados, concluye que cabe teorizar sobre una conciencia de clase 'latente' que en ciertas situaciones puede explotar... (p. 46). Dentro del campo marxista también ha sido reconocida la necesidad de elaborar una teoría sobre la 'conciencia dual' (Editorial de New Left Review 1968:Nº 52; Lefèbvre (1970)) pero sin que esa carencia haya sido subsanada hasta el presente. El fenómeno de la 'explosión de conciencia' y el proceso acumulativo que la precede permanecen por lo tanto en el terreno de lo especulativo.

Finalmente, es necesario admitir que no existe elaboración teórica suficiente sobre la relación desarrollo del nivel de la conciencia de clase y participación en distintos tipos de lucha²⁹: económica, política, por el control obrero y aquellas desarrolladas en ámbitos no generalmente reconocidos como 'políticos', tales como el familiar, educacional, barrial, de la salud, el comprendido en la lucha por la liberación femenina (especialmente por el control de la capacidad reproductiva), etc.

Típicamente los autores consultados se limitan a postular la relación praxis/desarrollo de la conciencia de clase sin investigar, o por lo menos plantear, la necesidad del estudio de la dinámica de esa determinación. Así por ejemplo Rossanda señala:

El punto de fusión entre ser social y conciencia (...) es en Marx, claramente, la praxis.
En otras palabras, a la pregunta acerca de 'cómo' la clase adquiere conciencia de su ser social objetivo, la respuesta es: 'en la práctica, en el proceso de la lucha' (...) Esto es, la conciencia no es el producto de un 'saber', sino

de un 'ser en movimiento', en transformación,
de una relación activa con la naturaleza o la
sociedad (1973:4). (Subrayado final agregado)

Carlo, por su parte, declara que:

La conciencia política de clase puede nacer sólo en el terreno de la lucha obrera, pero no 'necesariamente'. La conclusión del proceso es siempre posible, pero nunca debida (o garantizada) apriorísticamente (1973:308).

Si bien puede admitirse que el resultado final de esa participación no puede ser motivo de examen teórico, ya que en última instancia se resuelve en el terreno de la lucha en sí, es posible, sin embargo, concebir el análisis de las condiciones o factores que pueden influir positiva o negativamente en el proceso de desarrollo de la conciencia de clase, incluyendo el examen de los tipos de lucha que resultan más promisorios en una determinada coyuntura y de las condiciones que favorecen u obstaculizan el cumplimiento del rol esclarecedor de la teoría revolucionaria.

Retornando a la línea expositiva central cabe preguntar: ¿cuál es la relación partido-teoría-conciencia de clase, dentro de la perspectiva marxista no ortodoxa?

Según los textos consultados el partido contribuye con la primera, pero no es considerado infalible y, en general, se admite que tiene un nivel de conciencia de clase más elevado que el de las masas pero no el monopolio de su conciencia.

El sindicato, por su parte, es ante todo un instrumento de lucha económica. Para la mayoría de los autores las reivindicaciones de control quedan, por lo menos en sus orígenes, fuera de su órbita de gestión habitual. La conclusión es lógica pues si las reivindicaciones de control se definen como ejercicio de autogobierno, su inclusión en la esfera normal de la actividad sindical tendería a institucionalizarlas, perdiendo en el proceso su carácter autónomo. Concordando con este argumento Nun (1973:227) considera que le incumbe al sindicato defender y consolidar las luchas por el control en la fá

brica 'contribuyendo a negociar la institucionalización de sus logros, pero sin interferir en su dinámica ni pretender subordinarse a los órganos de democracia directa que vayan emergiendo'. Gorz (1973) y Hyman (1974) enfatizan por el contrario el grado de conflicto que necesariamente caracterizará las relaciones entre los órganos y la lucha por el control y el sindicato.

En todos los casos se destaca la no subordinación del sindicato al partido. Los sindicatos dejan de constituir 'correas de transmisión', pero la coordinación entre los diversos órganos de clase resulta menos clara. Para Nun se trata de distintos niveles de lucha, en el que no cabe hablar de diferencias de jerarquías sino de tareas (1973:222), sin privilegiar una instancia determinada -sea ésta la del partido, sindicato o consejo. Como reconocen los redactores de la revista Pasado y Presente (1973:N^o2/3:200) en una coyuntura histórica el foco de conflicto más agudo puede radicar en la lucha social, en otra en la sindical o en la política. Es así que en un momento de repliegue y de pasividad del movimiento obrero, los sindicatos pueden liderar la lucha de masas (Cf. Nun 1973:218).

Desde esta perspectiva, que reconoce que en una coyuntura determinada la instancia movilizadora más importante puede desplazarse de una a otra instancia, resulta factible la articulación de un rol más amplio por parte del sindicato. Esta posibilidad es reconocida explícitamente por los redactores de los Cuadernos de Pasado y Presente, pero sin llegar a elaborar una definición más específica de la potencialidad del sindicato en la esfera de la lucha política e ideológica (1973:N^o44:xi).

1.5. Síntesis y especificación de la perspectiva teórica a adoptar

Las interpretaciones académicas y las del leninismo ortodoxo -y a pesar de sus fundamentos ideológicos antagónicos- coinciden en enfatizar exclusivamente las características in-

tegradoras del sindicato y por diversos motivos eliminan del universo de su discurso la posibilidad de que el sindicato juegue un rol autónomo en un proceso de liberación. Carecen, por lo tanto, de relevancia directa para la problemática de investigación. El marxismo contemporáneo no ortodoxo deja abierta esa posibilidad pero no se aventura sobre sus características, al mismo tiempo que destaca las limitaciones estructurales que necesariamente acompañan a la gestión sindical.

¿Cómo trascender ese 'impasse' teórico? Una alternativa consiste en partir de la situación objetiva del sindicato en la sociedad capitalista.

En el ámbito de la lucha económica, la tendencia hacia la integración resulta muy importante pero nunca puede ser total (salvo en los casos de incorporación, como bajo el fascismo)³⁰. En efecto, el sindicato necesita -a fin de no perder legitimidad ante sus propios afiliados- articular aunque sea mínimamente el antagonismo estructural entre el capital y el trabajo. De allí lo adecuado de la caracterización del rol del dirigente sindical que efectúa Wright Mills (1971:8-9) en un pasaje sumamente citado:

Yet even as the labor leader rebels, he holds back rebellion. He organizes discontent and then he sits on it, exploiting it in order to maintain a continuous organization; the labor leader is a manager of discontent. He makes regular what might otherwise be disruptive, both within the industrial routine and within the union which he seeks to establish and maintain. During wars, he may hold down wildcat strikes; during upswings of the economic cycle, he may encourage sit-down possession of private property. In the slump-war-boom rhythm of modern American society, the labor union is a regulator of disgruntlement and ebullience, and the labor leader, an agent in the institutional channeling of animosity. (Subrayado agregado)

Asimismo los teóricos de la integración asumen que la lucha económica es siempre exitosa, que el capital puede otorgar indefinidamente las concesiones económicas que tornan posible la legitimización de la función sindical. Si bien este supues-

to tenía visos de verosimilitud durante las primeras dos décadas de la posguerra, la recesión que se percibe en diversos países capitalistas avanzados en la década del 70 y sus consecuencias para las relaciones industriales (política de ingresos, por ejemplo) hacen necesario calificar aquel supuesto teniendo en cuenta las características de la acumulación en cada formación nacional específica y especialmente sus limitaciones en un contexto capitalista periférico. Es posible entonces coincidir con Hyman (1971^b:26) en que la tesis de la integración depende de la interrelación de dos variables, el margen disponible para concesiones en un contexto dado y el nivel de aspiraciones y grado de organización de los trabajadores involucrados.

En la esfera de la lucha política e ideológica resulta por lo menos plausible que el sindicato participe en ellas de manera autónoma (posibilidad corroborada por la experiencia cordobesa). Este tipo de comportamiento sindical representa, por lo tanto, una opción cuya importancia estratégica no puede soslayarse.

Por otra parte debe admitirse que, a pesar de las declaraciones ambiciosas de muchos sindicatos en cuanto a la magnitud de sus objetivos: modificación del orden social, humanización del trabajo, control de la producción, etc., en los hechos la mayoría se ha limitado a negociar convenios colectivos articulando demandas fácilmente absorbibles por el sistema que pretenden combatir. El porqué de esa estrategia limitada es lo que debe explicarse a través del análisis de los factores que influyen para que en la práctica sus logros sean relativamente modestos y no lleguen a constituirse en amenaza para la estabilidad del sistema.

Pueden sugerirse diversas fuentes limitativas:

1. Los mecanismos de control externo³¹ (económicos, políticos e ideológicos) que limitan las metas y estrategias que el sindicato puede intentar en un contexto capitalista sin poner en peligro su existencia misma. Como se señaló (p.13) éste es un aspecto muy raramente considerado en los estudios de relacio-

nes industriales. Sin embargo,

It is obvious that those with positions of power and privilege in industry and society have a strong interest in the goals espoused by trade unions. Their purely economic objectives, if ambitious, conflict with the capitalist's desire to minimise costs of production; involvement in a struggle for control challenges his managerial prerogatives; while any connection with socialist politics is a potential threat to his very existence. Governments, having as their major priority the stability and success of the prevailing economic system, have a similar interest in the goals of trade unionism. It is not surprising, then, that socializing influences (in Allen's terms) bear heavily on the selection of union policy (Hyman 1975:87).

2. Los mecanismos de control interno. El sindicato como media cion organizacion supone normalmente la operacion de diversos mecanismos de control interno reflejados en la interacion de los diversos agentes operantes en su seno (dirigentes, activistas, afiliados de base). En este contexto resulta relevante la distincion de rerivada de Gramsci y reelaborada por Hyman (1975:65-6) entre el poder 'sobre' y 'para' los trabajadores ejercido en toda gestion sindical. En efecto, el sindicato solo puede defender eficazmente los derechos de sus afiliados en la medida en que puede movilizarlos disciplinada y colectivamente en apoyo de su gestion. Tal disciplina colectiva -expresion de su 'unidadadadadada'- depende a su vez de que los afiliados esten dispuestos a subordinar -de ser necesario- sus intereses o preferencias individuales inmediatas al cumplimiento de la estatuto o decisiones colectivas adoptadas por la organizacion. Pero ese poder sobre ellos mismos, que los trabajadores invisten en su organizacion, a fin de que esta pueda ejercer poder para ellos, implica necesariamente un riesgo de distorsion. Es por ello que el anlisis de las pautas de interacion predominantes en la organizacion (expresion de las definiciones y recursos a disposicion de los distintos grupos de agentes) se incorpora como elemento

indispensable para la comprensión de su acción.

3. Razones estructurales. Otro aspecto fundamental es el examen de las consecuencias que trae aparejadas la aceptación de la regulación bilateral³² como forma de expresión de la gestión del sindicato. Aquélla, por definición, se rige por la lógica contractual que establece el compromiso como culminación inescapable de la mediación del sindicato. En la práctica esta limitación se traduce en la necesidad que experimenta típicamente el dirigente sindical de exigir demandas que sean 'razonables', es decir negociables y, una vez aceptado el marco de un determinado convenio colectivo, de observar y hacer observar por sus representados una medida de 'responsabilidad' con la empresa, respetando el compromiso contraído (sus regulaciones, condiciones y procedimientos en caso de conflicto) conservando de ese modo la 'legalidad industrial'.

Sobre esta última limitación resulta pertinente el juicio de Gramsci

El desarrollo de la organización sindical está caracterizado por estos dos hechos: 1) el sindicato engloba una creciente cantidad de efectivos obreros, incorpora a la disciplina de su forma una cantidad cada vez mayor de efectivos obreros; 2) el sindicato concentra y generaliza su estructura hasta colocar en una organización central el poder de la disciplina y del movimiento; se independiza de las masas que ha disciplinado, se pone fuera del juego de los caprichos, de las veleidades, de las volubilidades propias de las grandes masas tumultuosas. De esta forma el sindicato se vuelve capaz de concertar acuerdos, de asumir responsabilidades: de esa forma obliga al empresario a aceptar una legalidad en sus relaciones con el obrero, legalidad que está condicionada por la confianza que el empresario tiene por la solvencia del sindicato, por la confianza que tiene en la capacidad del sindicato para obtener el respeto a las obligaciones contraídas por parte de las masas obreras (1973:122). (Subrayado agregado)

La defensa de ese principio implica a su vez el riesgo de que el dirigente, a pesar de sus convicciones revolucionarias

rias, juegue en una coyuntura determinada un rol conservador. Potencialmente, al menos, la influencia de este factor puede llegar a ser considerable.

En segundo término, tampoco debe soslayarse la limitación destacada por Lenin (p.26) y subsecuentemente reelaborada por Gramsci que se origina en el tipo sectorial de la representación sindical. Si bien este impedimento a la unidad requerida para una acción sindical clasista no resulta insuperable, no debe descartarse su posible influencia al estudiar los límites y alcances de aquella acción.

4. Otra fuente limitativa potencial son los conflictos que puede suscitar el intento de prosecución simultánea de luchas económicas, políticas e ideológicas. En otros términos:

¿Hasta qué punto puede asumirse a priori que las tareas concretas que esas luchas demandan resultan compatibles entre sí? ¿Puede el dirigente sindical -que entendemos tiene un número limitado de recursos- procurar al mismo tiempo objetivos económicos, movilizar políticamente a los afiliados y desarrollar una estrategia consistente en materia de concientización, sin incurrir en un conflicto de roles que provoque tensiones entre los diversos actores operantes en la organización que impongan el abandono, modificación o 'negligencia benigna' de algunas de esas metas? En síntesis, ¿cuál es la relación entre pautas de luchas de liberación y dinámica interna sindical?

5. Los factores limitativos enumerados afectan a cada sindicato como institución individual. Pero si en el análisis del rol económico-gremial de un sindicato determinado es permisible la separación relativa de la consideración simultánea de la actuación del resto del movimiento obrero, no ocurre lo mismo al analizar la potencialidad del sindicato en el plano político e ideológico. La base de un sindicato dado es parte de la clase obrera definida a nivel de sociedad global. En el plano organizativo el sindicato, por lo general, se agrupa en federaciones, uniones y confederaciones, y existe simultáneamente con

otros órganos de expresión de intereses populares (partidos, consejos). Es importante por lo tanto el examen de la influencia de factores coyunturales (situación de avance o retroceso de la lucha general de la clase obrera, presencia o ausencia de una situación revolucionaria, la actuación o prohibición de partidos políticos y de qué partidos, burgueses o revolucionarios, la posibilidad de acción conjunta con el resto del movimiento obrero organizado) a lo cual hay que agregar las limitaciones derivadas del proceso de evolución histórica específica de cada formación nacional (la tradición del movimiento obrero, las lealtades políticas de la clase obrera, en el caso argentino la 'cuestión peronista'). Todos estos factores escapan al marco de control de un sindicato determinado pero ejercen gran influencia sobre las posibilidades de su acción.

La enumeración de las distintas fuentes limitativas señala las dificultades inherentes a la prosecución de objetivos sindicales no tradicionales. Precisamente por ello resulta interesante analizar cómo las enfrenta el sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba, los factores que la hicieron posible, las modalidades de la estrategia adoptada y sus limitaciones.

Con este objeto se tendrán en cuenta:

A. Los mecanismos de control externo y los factores enumerados en el ítem 5, haciendo referencia a las fuerzas sociales operantes en el contexto nacional y local del sindicato, contemporánea o históricamente.

B. Los mecanismos de control interno y los factores enumerados en los ítems 3 y 4 utilizando un modelo de organización que permita estudiar la interacción de los distintos agentes. En efecto, si bien en el sindicato como en otros aparatos institucionales, se materializan las prácticas y luchas de las clases definidas a nivel de sociedad global, las modalidades de ese proceso y de su producto final, la acción sindical, se torna inteligible únicamente mediante una refinación de las categorías analíticas que permitan poner al descubierto las ca-

racterísticas básicas de aquella dinámica. Los agentes sociales que se desenvuelven en el sindicato pueden pertenecer a una misma clase social, pero esa similar situación estructural no implica automáticamente definiciones compartidas sobre el rol del sindicato, pautas de comportamiento coordinadas en pro de objetivos económicos y políticos comunes, similitud de recursos o una armonía básica entre las exigencias derivadas de los diversos roles articulados por esos agentes en el ámbito de la organización. Resulta imperativo, por lo tanto, trascender la categorización de los actores en términos de situación de clase, incorporando elementos analíticos que faciliten el examen de la interacción desarrollada en el seno de la institución.

A fin de cumplir este objetivo la perspectiva adoptada privilegia, aunque no se limita, al estudio de las relaciones de poder en el marco sindical. Para ello identifica en primer término a los distintos conjuntos de actores que operaban en el sindicato, tratando de establecer, además de su situación de clase, sus definiciones y los distintos tipos de recursos a su disposición y derivados tanto del ambiente externo como de la dinámica interna de la organización. Desde esta óptica, el curso de acción adoptado por el sindicato será la resultante de la interacción de distintos agentes que mantienen una definición coincidente u opuesta sobre el sindicato y sus metas; de los recursos con que esos agentes cuentan para imponer esas definiciones, y de la presión de un determinado contexto interno y externo nacional o local que favorece, dificulta o impide la prosecución de aquella definición.

La aplicación de este paradigma al marco específico de Luz y Fuerza deberá aguardar al capítulo V. Veamos a continuación algunas de las características del contexto externo al sindicato que servirá simultáneamente de introducción al complejo panorama del sindicalismo argentino.

Notas

1. Debe destacarse la connotación ideológica del concepto mismo de 'negociación colectiva' al atribuir un carácter únicamente económico a la relación entre el sindicato y la empresa. Ambos aparecen en esta 'visión' como partes de una transacción mercantil y no como antagonistas en una lucha por el control. De este modo se oculta o soslaya la oposición de intereses entre clases antagónicas que sirve de substrato a la gestión del sindicato. Asimismo la teoría de Flanders -a la que se alude en el párrafo siguiente- si bien critica a los Webb por el carácter economicista que éstos atribuyen a la 'negociación colectiva', su propia concepción limitada de la función 'reguladora' que adjudica al sindicato cumple la misma función de ocultamiento ideológico de la definición de los Webb (Cf. Hyman 1975:99).

2. Me refiero a las teorías sobre el rol del sindicato en las formaciones capitalistas centrales pues no conozco teorías sobre el rol de esas organizaciones en formaciones periféricas que resulten relevantes para la problemática de investigación, aunque sí existen llamados de atención a que tales teorías resultan necesarias. Para el caso argentino específicamente, Cuadernos Pasado y Presente dedica el número 44 (diciembre de 1973) al tema 'economía y política en la acción sindical', presentando una interesante recopilación de artículos referentes a distintos países (Gran Bretaña, Francia e Italia), pues reconoce 'el vacío teórico existente en la Argentina acerca de la naturaleza e implicaciones de la acción sindical' (vii). Este juicio puede hacerse extensivo para el área latinoamericana. En efecto, y no obstante la riqueza del material histórico, político y sociológico ya acumulado sobre la evolución del sindicato en este continente o sobre la formación y desarrollo de su clase obrera, tales contribuciones son totalmente ajenas o solamente guardan una relación muy indirecta con los interrogantes básicos que sirvieron de guía a esta investigación. Cf. el artículo de Erickson et.al. (1974) que contiene una bibliografía muy completa sobre los estudios laborales en América Latina.

Finalmente, y respecto de la floreciente literatura sobre clase obrera y sindicatos en distintos países del continente africano (Cohen (1974); Sandbrook (1975); Sandbrook y Cohen (1975) para citar algunos de los autores más prestigiosos), considero que carece igualmente de relevancia para la comprensión del caso bajo estudio. Este juicio no puede sorprender a los conocedores de la compleja historia de la formación socioeconómica argentina, cuya especificidad respecto del resto de los países latinoamericanos -con la posible excepción de Uruguay- ha sido destacada por numerosos estudios, desde el trabajo pionero de Cardoso y Faletto (1969) hasta las recientes elucubraciones de O'Donnell (1976). Con más razón aun resul-

tan entonces inaplicables para la comprensión del sindicalismo argentino las generalizaciones teóricas formuladas acerca del movimiento obrero africano.

3. Cabe destacar excepciones, por ejemplo en el caso de algunos sindicatos de oficios ('craft unions') que controlaban la oferta de mano de obra especializada y que gozaban por lo tanto de una situación relativamente privilegiada. En estos momentos el impulso a la organización del sindicato pudo partir de la misma empresa.

4. Para ambas los sindicatos constituían los agentes naturales que conducirían al socialismo y la huelga general el instrumento de lucha para la derrota de la sociedad capitalista. La razón de esa estrategia es la concepción de que el fundamento del orden social reside en las relaciones de trabajo. Consecuentemente, las únicas luchas con capacidad revolucionaria son aquéllas que se gestan en este ámbito, en el enfrentamiento directo con el capitalista dentro de la unidad productiva. Al juzgar como irrelevante la superestructura política se descartan las alianzas o compromisos con los partidos políticos; los sindicatos deben mantenerse en la oposición permanente al orden vigente y concentrar sus esfuerzos en hacer realidad la 'nueva sociedad' de la que ellos constituirán el fundamento principal. Otra característica de esta posición es la defensa de la huelga como manifestación expresiva (es decir la realizada en aquellos casos en que no podrían concretarse beneficios económicos individuales para sus adherentes), como experiencia de lucha que contribuiría a incrementar la conciencia de clase y la solidaridad de los trabajadores involucrados.

A nivel de confederación, la influencia del pensamiento anarcosindicalista revolucionario se manifestó especialmente en Francia. La CGT mantuvo esa posición antes de 1914, siendo su expresión más acabada la Carta de Amiens (1906). Si bien en Italia los sindicatos revolucionarios no pasaron de una minoría y en España la influencia de los anarquistas, a quienes equiparamos a los sindicalistas revolucionarios, estuvo limitada sustancialmente a Cataluña, la corriente sindical revolucionaria -a través de la inmigración- ejerció gran influencia en los orígenes del sindicalismo latinoamericano. En el caso argentino hegemonizaron el movimiento sindical entre 1890-1910, produciéndose su progresiva desaparición en la década del 20 (Cf. Godio 1973:7).

5. En el libro de Mandel se refutan las diversas posiciones que niegan la existencia de un capitalismo contemporáneo. Por supuesto, los cambios experimentados por este modo de producción no se limitan a la instancia económica sino también a la política e ideológica. Véase al respecto Poulantzas 1971, 1972 y 1976.

6. Merece destacarse que la iniciativa en el proceso de ins

titucionalización y formalización de la negociación colectiva, así como en el de la participación de los sindicatos en el funcionamiento de diversos aparatos de Estado, partió mayoritariamente de la parte empresaria (Cf. Hyman 1975:157-8) y es total; en este último caso generalmente en períodos de crisis o guerra (por ejemplo el 'New Deal' norteamericano; durante la primera guerra mundial en Gran Bretaña) (Cf. Pizzorno 1973: 82).

7. El rol ideológico del sindicato resulta generalmente descuidado en los estudios sobre el tema. Sin embargo:

The trade union renders a further service for the society within which it operates when it functions, not as a vehicle of oppositional ideology, but as a means of reinforcing the dominant social values. Trade union leaders, themselves particularly exposed to the 'socializing influence' of those in positions of authority, can channel such influences downwards. Profitability, capital accumulation, technological development, economic expansion -such reified economic goals constitute the driving force of our society, with consequences which can be particularly damaging for the status and conditions of the industrial worker. Yet unions can assist in the 'socialization' of their members through persuasion that such goals are without qualification in the interests of their own members. A union which performs this function 'both creates the machinery and provides the rationale for endorsement of capitalism by... workers' (Hyman 1971a:203).

Véase también el tratamiento de este autor en su obra de 1975 (146-7) y las observaciones pioneras de Wright Mills (1971: 112-115).

8. En el campo de la sociología política, el estudio más famoso sobre sindicatos es posiblemente el de Lipset et.al. Union Democracy (1956). Tanto ésta como otras investigaciones más recientes, por ejemplo la de Moran (1974), son el producto del interés de sociopolíticos en aspectos relacionados con la dinámica política interna del sindicato (en su mayoría relacionados con la temática oligarquía-democracia). Si bien el sistema de control interno es uno de los elementos necesarios para el estudio del rol económico y extraeconómico del sindicato, falta en esos estudios el análisis simultáneo de la incidencia de la estructura de control interno sobre los objetivos externos que se propone el sindicato (precisamente uno de los tópicos de interés para este estudio).

9. La dimensión de la cooperación del sindicato con la empresa varía de acuerdo a distintos contextos. Mínimamente la firma del contrato colectivo obliga al sindicato a oponerse a los 'conflictos salvajes' que surgen espontáneamente de la base afiliada. En otros casos el sindicato se compromete de antemano a no recurrir a ninguna medida de acción directa, es decir renuncia al arma por excelencia para la defensa del derecho de sus miembros. No es sorprendente entonces que Bell (1961:214-5) concluya que: 'in the evolution of the labor contract, the union becomes part of the 'control system of management' ... The union often takes over the task of disciplining the men, when management cannot'.

10. Es importante enfatizar el carácter de tendencia que debe asumir la tesis de la 'madurez' pues la erupción de conflictos industriales en diversos países europeos en la década del 60 y 70 (y aún en el período de posguerra) demuestra que, si bien la tendencia indudablemente existe, no presenta características absolutas, existiendo también contratendencias que emanan del carácter estructural del conflicto industrial y de las características particulares de cada formación nacional. Véase sobre este tema el interesante análisis de Hyman (1977).

11. (Cf. Hyman 1975:97). Precisamente por esta razón Hyman emprende esa tarea en la obra citada. Una excepción a esta regla es la obra ya mencionada de Wright Mills (1971).

12. Véase sobre el tópicó el interesante argumento desarrollado por Hyman (1977).

13. Me refiero a la obra de autores como Daniel Bell, Clark Kerr y S.M. Lipset y a la investigación llevada a cabo por el Instituto de Relaciones Industriales de Berkeley, California, Estados Unidos. Si bien puede diferir el énfasis otorgado por los autores a distintos aspectos de la tesis existe una base común suficiente para atribuirles la paternidad de la misma. Obras representativas de la tendencia son las de Bell (1961 y 1971); Kerr et.al. (1962) y Lipset (1964).

14. La fundamentación por excelencia se encuentra en la obra cumbre de Marx, El capital. Para críticas recientes a las posiciones que niegan el carácter estructural del conflicto entre el capital y el trabajo, véase Mandel (1972), Poulantzas (1976); Mészáros (1971).

15. La confianza de Marx y Engels en que la clase obrera era capaz de convertirse en 'clase para sí' y asumir plenamente la responsabilidad de su propio destino surge de numerosos textos. Consúltense por ejemplo Miseria de la filosofía, Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850 entre las obras iniciales; la introducción de Marx a su Encuesta obrera (1880) y diversas cartas escritas en sus últimos años.

16. Marx no confunde teoría con conciencia cualquiera sea la interpretación de sus seguidores. Por lo tanto la crítica de Etzioni (1971^a:228) en ese sentido resulta infundada. A pesar de ello coincido con este autor en la necesidad de distinguir entre teoría (conocimiento) y conciencia.

17. Véase también su juicio en Las luchas en Francia de 1848 a 1850 (144-5).

18. Puede consultarse sobre el tópico el artículo de Fay (1973). En el Manifiesto del Partido Comunista (1848) Marx y Engels se refieren específicamente al tema.

19. La flexibilidad de la posición de Marx sobre el partido proletario coincide con su concepción de la revolución como proceso y con su distinción entre el partido 'en sentido efímero', por ejemplo la Liga Comunista, con el partido 'en el gran sentido histórico'. Aquella 'sólo fue un episodio en la historia del partido, que en todas partes crece espontáneamente del suelo de la sociedad moderna'. El partido 'en el gran sentido histórico', señala Nun:

... no tiene acta ni fecha de fundación porque es el proceso mismo a través del cual el proletariado en lucha va totalizando su experiencia y se constituye en clase para sí, en cuanto a los 'episodios', a los partidos en 'sentido efímero', son momentos necesarios e importantes pero subordinados e instrumentales, que contribuyen a esa tarea y que no pueden teorizarse en abstracto, desde el exterior de cada proceso concreto: corresponden al plan de acción de una estrategia que la propia clase va articulando en los diversos niveles de su enfrentamiento al sistema (1973:212).

Esta distinción -que Marx efectúa en su carta a Freiligrath (29 de febrero de 1860)- es ignorada por la tendencia leninista ortodoxa a la que se aludirá en el acápite siguiente.

20. Especialmente en la obra de Engels The Condition of the Working Class in England in 1844; en la contribución de Marx 'Wages, Price and Profit' y en Miseria de la filosofía y en el Manifiesto del Partido Comunista de ambos autores.

21. Véase por ejemplo la resolución del Congreso de la Primera Internacional, celebrado en Ginebra en 1866 en la que se lee:

Por otra parte, los sindicatos, sin que sean conscientes de ello, han llegado a ser el eje de la organización de la clase obrera, como las municipalidades y las parroquias medioeva

les lo fueron para la burguesía. Si los sindicatos son indispensables para la guerra de guerrillas cotidiana entre el capital y el trabajo, son todavía importantes como medio organizado para la abolición del sistema mismo del trabajo asalariado. Citado en Losovski (1969:9). En el mismo sentido se expresa Marx en la carta a Bolte (23 de febrero de 1871) y en entrevista con Hammann, ambos ejemplos citados en Losovski (1969:13 y 153, respectivamente).

22. En una nota en ¿Qué hacer? (384) Lenin admite la presencia de trabajadores entre esos intelectuales burgueses. 'This does not mean, of course, that the workers have no part in creating such an ideology. They take part, however, not as workers, but as socialist theoreticians, as Proudhons and Weitlings'.

23. Sobre la génesis de la ideología o conciencia socialista resulta interesante citar las palabras de Kautsky que Lenin consideró 'profundamente justas e importantes':

Modern socialist consciousness can arise only on the basis of profound scientific knowledge. Indeed, modern economic science is as much a condition for socialist production as, say, modern technology, and the proletariat can create neither the one nor the other, no matter how much it may desire to do so; both arise out of the modern social process. The vehicle of science is not the proletariat, but the bourgeois intelligentsia (K.K.'s italics): it was in the minds of individual members of this stratum that modern socialism originated, and it was they who communicated it to the more intellectually developed proletarians who, in their turn, introduce it into the proletarian class struggle where conditions allow that to be done. Thus, socialist consciousness is something introduced into the proletarian class struggle from without (...) and not something that arose within it spontaneously (...).(Lenin 1973:383-4).

24. La exposición sobre esta metáfora y sus implicaciones para el quehacer sindical están basadas en Nun (1973).

25. Resulta significativo que no existan obras profundas sobre el fenómeno burocrático procedentes del marxismo-leninismo ortodoxo. En algunos casos la razón puede ser política, a fin de evitar críticas a los países 'socialistas' de Europa oriental. En cuanto a la burocracia en la sociedad capitalista, e-

xiste un sólido frente que se opone a la tesis de Michels (ley de hierro de la oligarquía) a la que se niega, acertadamente, el carácter de ley inexorable pero sin investigar en profundidad los factores que la explican más allá de atribuir sus características al ambiente capitalista en la que se desenvuelve. Por cierto que éste es un elemento de gran importancia pero difícilmente agote la explicación del fenómeno.

26. La inquietud se observa principalmente en Francia e Italia aunque Hyman en Gran Bretaña es un digno representante de la tendencia. En el caso argentino es importante la contribución del grupo asociado a la redacción de las revistas Pasado y Presente y Cuadernos Pasado y Presente. La síntesis que se presenta está basada en la recopilación efectuada por este conjunto de marxistas argentinos y materializada en diversas revistas y cuadernos durante el período 1969-1973. Nótese que no se atribuye a los diversos autores citados: Nun, Gorz, etc. el ser miembros de un partido político determinado o de una tendencia formal, sino el compartir (con diferencias internas) una misma línea interpretativa del marxismo. Asimismo, es de suma importancia destacar que la exposición de esta línea no pretende abarcar las contribuciones de autores marxistas cuya crítica cultural de la sociedad capitalista y concepción de la revolución socialista como fenómeno social justificaría su inclusión en el campo no ortodoxo (Reich, diversos autores de la llamada Nueva Izquierda, de la Escuela de Frankfurt, etc.) pero que no se refieren en sus obras específicamente al rol del sindicato u otros órganos de clase.

27. Se lee en la revista Pasado y Presente (abril-junio de 1973:15) (nota de la redacción):

... es en el interior de la fábrica donde el mecanismo de valorización del trabajo reproduce a la vez la relación de explotación y los condicionamientos ideológicos con que se intenta someter a los trabajadores al autoritarismo y al despotismo patronal. Lo que explica por qué el rechazo del mecanismo capitalista de valorización comporta objetivamente el rechazo de los velos ideológicos con que se recubre. Cuando los obreros dejan de considerar como dadas las relaciones de trabajo existentes en la fábrica y cuestionan los salarios y las calificaciones, los horarios y los ritmos, aún sin ser demasiado conscientes de eso están cuestionando un uso capitalista de las máquinas, una concepción de la técnica y de la ciencia, un modelo de estructura productiva que la burguesía se empeña en presentar como 'racional'. La tarea fundamental de la acción obrera revolucionaria en el interior de las empresas es volver

consciente este cuestionamiento latente, articulando una política reivindicativa y de poder vinculada al tema de fondo de la 'condición obrera' que impulse a los trabajadores a liberarse de su subordinación al plan del capital y a la afirmación de un poder autónomo. Independientemente de la forma institucional que adopte, este poder permanecerá ambiguo mientras subsista el poder capitalista, pero será no obstante un factor decisivo para la maduración de una conciencia revolucionaria en los trabajadores.

28. Dos razones me parecen más obvias en la explicación de esta deficiencia teórica:

a) el estudio en profundidad del proceso de formación de la conciencia de clase requeriría un enfoque interdisciplinario que incorporase, especialmente, la contribución de psicólogos sociales. De modo típico los textos marxistas enfatizan la perspectiva de una única disciplina (politicología, sociología, filosofía), lo que trae como consecuencia que su aproximación a la problemática resulte necesariamente restringida. Es por este motivo que una obra clásica como la de W.Reich, de manera especial la serie de ensayos comprendidos en Sex-Pol (1972) que incluye su famoso 'What is class consciousness?', conserva vigencia y originalidad a pesar de que su enfoque de biera ser adaptado a fin de abarcar la compleja realidad del capitalismo contemporáneo.

b) La falta de reconocimiento expreso, por parte de los científicos sociales que examinan distintos aspectos de la 'conciencia de clase', de que aquella carencia teórica efectivamente existe, reconocimiento que considero fundamental y previo a cualquier intento destinado a subsanarla. Este tipo de aproximación no-problemática al tópico de la conciencia de clase abunda en la literatura sociológica marxista y radicalizada (véanse entre los ejemplos recientes: Peppe (1977); Stoltz Chinchilla y Sternberg (1974); Moorsom (1977)).

29. Por supuesto esta admisión no es ni nueva ni original, aunque sí minoritaria. Hace ya más de cuatro décadas W.Reich (1972) se planteaba precisamente estos interrogantes clamando por el desarrollo de una teoría marxista de psicología política (283), y partiendo de un reconocimiento básico: nuestra ignorancia de los elementos constitutivos de la 'conciencia de clase', especialmente en lo referente a su manifestación en la realidad de la existencia cotidiana de obreros, mujeres, jóvenes y niños. La fundamentación teórica de su enfoque, sobre el que no puedo extenderme en esta nota, enfatiza que la conciencia de clase de las masas populares no puede asimilarse al conocimiento de las leyes históricas o económicas que gobiernan una sociedad determinada, sino que es un conocimiento:

1) de las necesidades vitales del individuo en todas las esferas, 2) de los medios y posibilidades de satisfacerlas, 3) de los obstáculos que un sistema basado en la propiedad privada presenta para la satisfacción de aquellas necesidades, 4) de las inhibiciones psíquicas y temores que impiden el reconocimiento de esas necesidades y de los obstáculos para su satisfacción y 5) de que la unidad masiva constituye una fuerza invencible contra el poder de los agentes opresores (358). Esta aproximación no dogmática a la conciencia de clase -que destaca la necesidad de que los políticos marxistas que pretenden desarrollar la conciencia de clase de las masas populares partan de las demandas vitales de los agentes sociales en todas las esferas de su existencia, no solamente en el ámbito de la esfera productiva- me parece particularmente adecuada para la comprensión de la importancia de las luchas en los ámbitos políticos no tradicionales.

30. Sobre la tesis de la 'incorporación' de los sindicatos durante períodos de crisis del capitalismo véase el artículo de Trotsky 'Trade Unions in the Epoch of Imperialist Decay' (1940), en Marxism and the Trade Unions (1968).

31. Para una especificación de diversos mecanismos de control externo que han operado en el ámbito latinoamericano, véase el interesante artículo de Spalding (n.d.). Respecto de los mecanismos de dominación ideológica debe advertirse que es imposible separar netamente el grado externo e interno de su actuación, ya que al ser internalizada por los afiliados (y dirigentes del sindicato) pasa a actuar en el ámbito interno de la organización. Se retornará al tópico en un capítulo posterior.

32. Los sindicatos pueden recurrir a dos estrategias alternativas básicas para el logro de sus objetivos económico-gremiales: la regulación unilateral o bilateral. La primera comprende: 'the autonomous enforcement of union conditions, irrespective of employer reaction, through the inherent strength of the organization; if collective bargaining and agreement are also used, these are not a central element in union strategy' (Hyman 1971^a:201).

Históricamente los únicos sindicatos que han intentado con relativo éxito imponer esa estrategia son algunos sindicatos de oficios con control estricto de la fuerza de trabajo. Pero, como reconoce Hyman, en períodos de depresión económica aún esos sindicatos han conseguido muy poco unilateralmente. La regulación bilateral se basa en la convención colectiva e implica necesariamente la aceptación del compromiso como resultado de las demandas sindicales.